

REFLEXIÓN DE FE SOBRE EL DOLOR Y EL PERDÓN

Jorge Julio Mejía M., S.J.

Me encuentro aquí para compartir con ustedes un proceso vivido en los dos últimos años gracias a la cercanía de víctimas de este doloroso conflicto que vive Colombia.

Me acerqué a ellas desde esta perspectiva interior:

- 1) Dios es “más íntimo que lo más íntimo de nosotros mismos”, para utilizar la expresión de San Agustín.
- 2) Desde esa intimidad trabaja sin descanso creando y recreando humanidad. Como dice San Ignacio de Loyola: “Dios habita en las criaturas... dando ser... en los hombres dando entender, animando, sensando haciéndome entender; así mismo haciendo templo de mí, siendo criado a la similitud e imagen de su divina majestad” (EE. 235).
- 3) La pregunta más importante que debemos hacernos frente a la situación que vive el país no es tanto qué debemos hacer, sino qué es lo que está haciendo Dios para ver la manera como podremos unir nuestra acción a la suya.
- 4) Todo lo anterior habla de lo de adentro, de la dimensión profunda en la que actúa Dios, renovando la faz de la tierra por la acción de su Espíritu.
- 5) Finalmente, afirmo que una mirada que quiere hallar a Dios convirtiendo poco a poco la historia de este país en una historia de salvación no puede ser otra que la del “conocimiento silencioso”, ese “conocimiento que nace del silencio, que no es concepto, palabra, representación, sino intuición, o mejor, presencia inmediata, co-presencia, unidad lúcida con “lo que se conoce... ese conocimiento que puede ser guía sin palabras para la razón; pero la razón no es guía suficiente para el conocimiento silencioso”¹.

Estoy convencido que hacernos la pregunta acerca la reconciliación en Colombia nos conduce a indagar con una mirada contemplativa y amorosa, acerca de la acción mediante la cual Él, Dios, está cultivando aquí y allá actitudes de perdón, impulsando procesos de reconciliación. Acción paciente pero real, mediante la cual el Señor está recomponiendo la convivencia de hombres y mujeres en una sociedad rota por “ese monstruo grande que pisa fuerte la pobre inocencia de la gente”, para utilizar las palabras de la canción de León Gieco.

Creo que los asuntos de la vida no son de una determinada manera por que lo diga la Sagrada Escritura o la Tradición de la Iglesia, sino que la Escritura y la Tradición lo dicen porque así es la realidad. Por lo tanto es fundamental que textos sagrados y enseñanza cristiana sea una clave para descifrar la realidad cotidiana, una luz que nos permita ver el fondo del hecho humano. Finalmente Jesús había dicho que los limpios de corazón podrían ver a Dios.

Ese lugar en el que Dios trabaja permanentemente creando y recreando humanidad yo lo llamo el “hecho humano”. El sufrimiento humano no es otra cosa que el “gemido

¹ Mariano Corbí, *Conocer desde el Silencio*, Sal Térrea, p.9

universal con dolores de parto... gemimos en lo íntimo a la espera de la plena condición de hijos, del rescate de nuestro ser” (Rom- 8,23). Por lo tanto es el proceso de dar a luz nuestra verdadera condición humana a lo largo de la historia y que demorará aún siglos pero que compromete nuestro propio trabajo cotidiano para ser como parteros y parteras para que la manifestación de Dios en plenitud vaya siendo dada a luz.

En cada mujer, en cada hombre, en cada hecho, se encuentra esa realidad del trabajo de Dios permanente creando humanidad y puede ser más o menos perceptible, más o menos oculto. Mujeres, hombres y acontecimientos pueden ser más o menos opacos o más o menos transparentes para que podamos percibir esa presencia de Dios activo engendrando y dando a luz la vida, el amor, la fraternidad, la paz, el gozo, la justicia y la libertad.

Por tanto el proceso de acompañar a las víctimas de la guerra en la región del Oriente del Departamento de Antioquia no sólo yo, sino el equipo del Programa por la Paz que tengo la responsabilidad de coordinar, nos ha ido guiando, poco a poco, a comprender cuáles son los pasos, las etapas a través de las cuales centenares de mujeres, y no pocos hombres, víctimas de la barbarie guerrera han comenzado a sanar, han ido recuperando el sentido de la vida, han ido saliendo de los profundos abismos de dolor, de tristeza y sin sentido y han comenzado a recuperar la dignidad lesionada, la fortaleza arrebatada, la paz negada y comienzan a poder decidir qué hacer con la ira y el rencor.

EL DOLOR

El marido de Sol acababa de llegar de trabajar en el campo. Era medio día. Tenía mucha sed y le pidió a su mujer un vaso de agua porque tenía mucha sed. Mientras ella fue a la cocina por el agua, llegaron tres hombres armados y se llevaron, a la fuerza, a su marido. Han pasado dos años y medio. Desde entonces Sol le sirve la comida al desaparecido tres veces al día y siempre le pone su vasito de agua, el que no le dejaron tomar cuando se lo llevaron. “Para que cuando llegue sepa que lo estábamos esperando”.

Sol continuó su relato diciendo: ese día me volví tristeza. Me abandonaron las ganas de vivir porque según dicen los vecinos, se los llevan, los matan y los entierran por ahí. Sin embargo yo sigo creyendo que algún día volverá. Pero no dejo de preguntarme: ¿dónde estará? ¿Qué le habrán hecho? ¿Estará sufriendo mucho? ¿Por que nos están haciendo esto si nosotros no tenemos nada que ver con esta guerra, si somos gente pacífica?

Sol vive en un municipio del Oriente Antioqueño. Municipio en el que desde el año 2000 han sido asesinados 1.600 civiles. Qué rápido se dice esta cifra. Pero cuánto dolor, cuánta sangre derramada, cuántas familias destrozadas, cuántas viudas, madres, hermanas desoladas y sumergidas en el dolor.

Ya la muerte natural causa mucho dolor. Pero la muerte violenta y en muchas ocasiones causada de manera extremadamente cruel y no pocas veces en presencia de la familia causa un dolor indescriptible que arrasa de manera incalculable la sensibilidad de los parientes cercanos, particularmente de las esposas, los hijos y las madres.

Todo proceso de duelo comienza por la experiencia de separación inevitable de los seres queridos. El primer paso es tener la posibilidad de enterrarlo, hacerle el ritual que permite a la familia y los amigos despedirse. Por eso es tan cruel la desaparición. Para Sol los días y las semanas pasan y se hace la ilusión de que su esposo regresará algún día. No quiere aceptar que haya muerto aunque todo el mundo se lo diga. No, hasta que le entreguen el cuerpo para poderlo enterrar. Y se estremece cuando le cuentan o escucha en las noticias que en este país, según la fiscalía, hay cerca de 4.000 fosas comunes. Esto quiere decir que es inmenso el número de los desaparecidos. Podemos, entonces, calcular este inconmensurable océano de dolor. Y eso que no estamos hablando sino de una región de Colombia.

LA IRA

La agresión es tan brutal y tan injusta, que además de mucho dolor produce mucha ira. Sol decía que sí, que era inmensa la ira, porque fue gente desalmada la que se llevó a su marido, pues no lo dejó ni despedirse, no le dieron tiempo de tomarse el vaso de agua. Y eso, da mucha ira. Sin embargo Sol se siente confundida porque dice que en el catecismo le enseñaron que la ira era un pecado. Pero, no puede ser posible: ¿acaso Nuestro Señor no sintió ira contra los que habían convertido al Templo en una cueva de ladrones? Y Nuestro Señor no cometió pecados. Quizás la ira no es tan mala si yo no quiero hacerle ningún daño a la persona que tanto mal y sufrimiento me ha causado. Además esos hombres tienen madre y yo no quiero que ninguna mujer en este país sufra lo que yo he sufrido.

El problema es qué hacer con la ira. Porque ella es una alarma que nos indica que estamos en peligro y debemos protegernos.

LA VENGANZA

En la ciudad de Barrancabermeja, en el centro del país, una psicóloga estaba haciendo un trabajo con niños, hijos de familias desplazadas por causa de la guerra. Un niño de 7 años estaba pintando. En su hoja veía un hombre grande, que ocupaba casi todo el espacio, vestido con uniforme militar. Tenía una gran arma al hombro. Y en una esquina de la hoja, en tamaño muy pequeño había una figurita humana. Preguntado quién era ese hombre grande, respondió: ese es el que mató a mi papá. Y este pequeño ¿quién es? Ese soy yo que está esperando a ser grande para matar al que mató a mi papá.

Ahí tenemos una ira pequeña sembrada y que espera crecer a un tamaño tal que sea capaz de matar en venganza. Venganza por la muerte de su papá. ¿Por qué a este niño no se le ocurre decir que lo va a denunciar? ¿Por qué no espera que sea la justicia quien sancione a ese asesino que tanto mal le ha hecho? Porque quizás los niños, desde su tierna edad saben que la inmensa mayoría de esos crímenes quedan impunes. Y peor aún, que quien se atreve a denunciarlos y a presentarse como testigo en algún juicio, seguro que lo matan. Es lo que dice todo el mundo.

La venganza está sembrada como la semilla que espera a que esta generación tenga 20 años y madurará para desatar una nueva ola de violencia.

Sin embargo preguntada Sol y sus decenas de compañeras acerca de qué quisieran que les hicieran a esos hombres que mataron a sus seres queridos respondieron: todo lo que pedimos es que esas cosas no se vuelvan a repetir nunca más. Que no haya ni un solo asesinato más.

PERDÓN

Briceida vive en Ciudad Bolívar, al sur de la ciudad de Bogotá. Tiene 17 años. A su hermano lo querían obligar a irse con los paramilitares. El muchacho no quiso irse con ellos y además los denunció. El grupo resolvió vengarse. Y es un horror lo que hicieron: los 31 hombres del grupo violaron a Briceida. La joven sucumbió ante esta infamia y pronto perdió el conocimiento. Fue encontrada por los vecinos quienes la llevaron a un centro de recuperación. Pasados unos días se dio cuenta de que estaba embarazada. El consejo general fue que debía abortar. Pero ella respondió: este bebé no tiene la culpa. Yo no le voy a hacer a él ningún daño. Y si el comienzo de su vida no fue el amor sino la brutalidad, yo se lo voy a compensar dándole mucho amor. Su novio aceptó y decidió colaborar. El bebé ya nació. Briceida lo llama con cariño “mi ratoncito”. Lo ha envuelto en el amor más indescriptible. No le compra nunca comida preparada. Quiere que cada bocadito que reciba esté preparado con mucho amor.

No encuentro palabras para comentar el proceder de esta joven.

Los manuales de procesos de reconciliación tienen bien establecidos los pasos y las condiciones que hacen posible que una sociedad se reconcilie. Cuando se contempla nuestra sociedad, no encontramos casi ninguna de esas condiciones. Así que Sol y sus compañeras no pueden suspender el perdón hasta que se den las condiciones.

El dolor que conduce al rencor establece un fuerte vínculo con el causante del sufrimiento: un vínculo de odio. Y dicen: es que no lo quiero ni ver. Pero en realidad llevan en su espíritu permanentemente la presencia del que les mató a sus seres queridos, así no le hayan visto el rostro. De esta manera el que odia y el odiado pierden su dignidad de seres humanos. Más aún rompen de manera violenta cualquier vínculo fraterno, el que nos viene por ser hijos reales del mismo Padre.

Las mujeres han descubierto que el perdón no es una obligación. El perdón es una necesidad. Es necesario sacarse el rencor que actúa como un veneno en el alma. Que no deja vivir. Que convierte la vida en un campo de batalla. Que hace perder la dignidad. No pueden posponer el perdón hasta que la sociedad cree las condiciones necesarias para que el proceso sea completo, el adecuado. Lo que no quiere decir que la sociedad no tenga una grave obligación con todas las víctimas y un deber de crear las condiciones que permitan la reconciliación que ponga fin a esta cadena de guerras que es la historia de Colombia, precisamente por reconciliaciones incompletas.

Muchas mujeres han recibido el apoyo debido para cruzar el dolor, soltar la ira y restaurar su dignidad.

LA JUSTICIA

Es indispensable hacer de la victimización una situación transitoria, no un estatus permanente y eterno y, mucho menos, una forma de vida. Ese debe ser el marco ético en el que tienen que fundamentarse tanto los contenidos de los acuerdos de paz como todos los esfuerzos por hacer justicia. Hay que evitar que la impotencia y la humillación les emponzoñen el alma y terminen dirigiendo los destinos de sus vidas. La justicia cumple la función de disuadir, restaurar, rehabilitar y descargar, a quienes más han sufrido, de la tarea de buscar la verdad y esclarecer los hechos y todavía más, de hacer justicia por mano propia.

“Una mujer que había perdido a varios de sus hijos en dos masacres paramilitares recibió la llamada más inesperada de todas: el comandante del bloque que perpetró las masacres le ofrecía proporcionarle la ubicación exacta de las fosas comunes en las que podría hallar los restos de sus hijos a cambio de que ella se comprometiera a no denunciarlo y asistiera a una ceremonia de “perdón” en la que se firmaría una suerte de “pacto de reconciliación”².

¿Qué sucedió? Que el combatiente necesitaba asumir su responsabilidad sobre los crímenes que había cometido para poder continuar con su vida, pero no quería ir a la cárcel. La mujer no quería dinero, sino salirse de una vez del permanente infierno de la incertidumbre en la que viven las familias de los desaparecidos. Ella también quiere continuar con su vida y deshacerse, al menos un poco, del dolor. El pacto se dio.

LA RECONCILIACIÓN

Volvamos a Sol. ¿Qué es lo que ella y sus compañeras han hecho al comenzar a salir de su profundo dolor? Se han dedicado a trabajar para que el dolor se convierta en propuesta. Esto significa que ellas se han dado cuenta de que la sociedad no asume ninguna responsabilidad en relación con lo que les ha pasado y que ellas deben desarrollar una iniciativa propia muy importante para hacer visible su dolor y la verdad que no las implica sólo a ellas y proclamar la necesidad absoluta de que alguien asuma la responsabilidad de todo lo ocurrido. ¿Que les pidan perdón? No lo esperan y todo indica que nadie se los pedirá.

La reconciliación se va dando imperceptible en este movimiento que avanza sin desespero, recuperando la necesidad de convivir en paz, la invitación a que todos los hombres (y a veces mujeres) que han tomado las armas en todos los bandos regresen a casa, (a veces sus familias son vecinas) y puedan volver a vivir en paz en el mismo pueblo. Que otra realidad diferente de la guerra y la muerte violenta sea posible.

² Cfr. Natalia Springer, *¿Es posible perdonar?* El Tiempo.

UN MOVIMIENTO PROFUNDO

Ahora miremos con los ojos del corazón la fuerza que está activa en el fondo de lo que les acabo de contar. Una mirada a lo que desató Jesús y nos señaló que está activo hasta el final del tiempo.

¿Qué fue lo que propuso Jesús?

Jesús nació en un país cruzado por la violencia, la exclusión, la injusticia y en el que además la religión había perdido su sentido puesto que muchos de sus jefes religiosos estaban caracterizados por la hipocresía, la corrupción, y la esclavitud a la letra de la ley que siempre es mortal.

En su crecimiento “delante de Dios y de los Hombres” fue encontrando las claves que podrían fortalecer a hombres y mujeres para que pudieran tener vida abundante, fueran felices y establecieran una convivencia que hiciera viable la vida sobre la tierra, caracterizada por el amor, la justicia y la paz.

Jesús utilizó una serie de imágenes de una poderosa fuerza expresiva para llamar nuestra atención acerca de nuestra verdadera condición la puesta por el Creador como esencia de nuestra vida:

- Que nuestra relación con Dios es como la de la rama y el tronco: no somos ni una ni dos cosas con Él. De esta íntima relación depende nuestra vitalidad humana y la posibilidad de ser frutos de vida en medio del mundo.
- Que la primera y última pregunta en la historia de la humanidad y en la de cada mujer y hombre es la pregunta por el hermano: “¿dónde está tu hermano?”. Será la pregunta que evaluará el sentido de nuestra existencia. Habremos pasado el examen de la vida si fuimos solidarios, misericordiosos con los pobres, los que sufren la exclusión y todavía más, los que son despojados de su condición humana por la negación del acceso a los bienes básicos indispensables para la vida. Ser solidarios es construir cielo sobre la tierra y ser una bendición para los hermanos. Ser indiferentes ante la pobreza y el sufrimiento es construir infiernos sobre la tierra y ser una maldición para los demás.
- Que la reconciliación indispensable para que la convivencia se conserve y se fortalezca es la reconciliación en los bienes materiales. Cuando Zaqueo recibe en su casa a Jesús y acepta compartir su riqueza con los más pobres, Jesús le dice que el Reino acaba de entrar en esa casa. Jesús dió de comer a cinco mil personas quizás porque movió el corazón de todos los presentes para que compartieran lo que cada uno tenía: la lección quedó gravada para siempre: en ese caso nadie pasa hambre y además sobra.
- Jesús insiste en que hay que quebrar la indiferencia: frente al herido en el camino de Jericó nos invita a no dar rodeos sino a hacernos próximos amorosamente del herido, así sea un extranjero, y atender sus necesidades alterando nuestras agendas y nuestros propios presupuestos.

- La deshumanización comienza por la forma como la fuerza del mal “tenta de codicia de riquezas... para que más fácilmente vengan a crecida soberbia” (EE. 142).
- Es indispensable cuidar el amor: hay que cultivarlo, hay que fortalecerlo. Por lo tanto hay que permitir que la fuerza del Espíritu actúe en nuestro corazón para sanarlo de las heridas recibidas y para superar el rencor y el odio mediante el perdón. Hasta 70 veces 7. Cuando decidimos vincularnos a los hermanos con el amor y no con el odio, recuperamos nuestra dignidad degradada por la guerra y accedemos a la libertad que construye nuevos cielos y nueva tierra. Y esta acción salvadora hace posible un paso más allá: amar al enemigo y transformar el mal mediante la iniciativa de pagar con bien el daño recibido. Para Dios, presente y activo en el corazón esto no es imposible.
- Esta vida profunda de mujeres y hombres hace que sintamos a Dios en todas las cosas y a todas las cosas en Él. Esta experiencia hizo exclamar a Francisco de Asís que la luna, el sol y el lobo eran sus hermanos.
- Sólo teniendo el corazón limpio, desprendido, lleno de amor, mujeres y hombres podremos comenzar a darnos cuenta de que en Dios somos, nos movemos y vivimos. Estamos sumergidos en Él. Como el pez en el océano.
- Nuestro mundo interior está habitado por pasiones, instintos, deseos, emociones. Y podremos ser mujeres y hombres plenos cuando descubramos que lo más profundo de esta dinámica interior es el deseo de Dios. Exclamaremos con Agustín: “Nos hiciste señor para ti e inquieto está nuestro corazón hasta que descansa en ti”. O podremos también hacer nuestras las palabras del poeta: “el alma humana nace enamorada”. Y reconocer que “como todo lo creado refleja al amado, podremos caer en el grave error de vivir abrazado a sus reflejos”. Ese es el pecado: la búsqueda desesperada de los placeres sustitutos del gozo que sólo en Dios podremos alcanzar. Es un imperativo colocado en toda la dinámica de nuestro ser interior: una innegable vocación mística que al verse negada por ignorancia, por manipulación, nos convierte en seres adictos que en sustancias, personas, lugares, dinero, poder, creemos encontrar el sentido de nuestra vida.
- Descubrir al Dios que nos humaniza, aceptar cuánto el texto sagrado y la tradición nos ayudan a descubrirlo omnipresente y omniactivo en la cotidianidad es construir la vida sobre roca. Así podremos resistir los embates de la codicia y la soberbia con su violencia y su barbarie, sin que la casa construida sobre arena sea destruida.
- Y cuando nuestra transparencia a la presencia y acción de Dios en nosotros se va dando a lo largo del proceso de crecer y dejarnos transformar por la acción de Dios en nosotros los resultados son sorprendentes:
 - La convivencia se va haciendo posible y se va fortaleciendo;
 - Nos convertimos en medio de la sociedad en Levadura que pone alma en todas las actividades humanas mediante el desprendimiento, el compartir y la humildad: alma en la política redignificando su ejercicio, alma en la economía poniéndola al servicio de la vida, alma en la convivencia estableciendo lazos de justicia y clima de paz;

- Nos convertimos en Luz: que da sentido, que encuentra salida en medio de los extravíos a los que nos vemos inducidos por el culto irrestricto al consumo y a la acumulación sin corazón;
- Nos convertimos en Sal que devuelve el sabor a la vida y su carácter de fiesta negando que seamos simples desterrados que vivimos en un valle de lágrimas destinados para siempre a gemir y llorar.

Tres imágenes de transformación, que nada tiene que ver con lucha, guerra y vencedores y vencidos. Y algo bien importante: cuando la sociedad nos vea podrán alabar a Dios y sentir que somos en realidad una señal en medio del mundo de otra manera de estar en él, de relacionarnos entre nosotros y con el dinero y el poder. Como comunidad podremos ser, como se dijo hace unos años, el octavo sacramento.

Entonces sí podremos celebrar la Eucaristía: un memorial para que no olvidemos jamás a un asesinado: Jesús, quien nos dijo que por vivir todo lo que Él nos enseñó podríamos despertar la ira de la codicia y la soberbia cuya arma más poderosa para detenernos y cooptarnos es el miedo: nos amenazarían de muerte. Pero si fieles al Dios del Amor no tememos perder la vida, la ganaremos porque Jesús, asesinado sólo tres años después de haberse dedicado a enseñarnos a ser humanos como verdaderos hijos de Dios, pudo proclamar su victoria sobre la muerte para decirnos que los que vivíamos como Él, no moriríamos para siempre. Esa Eucaristía convoca en permanencia a los hermanos reconciliados, alrededor de la Mesa para partir y compartir el pan y el vino, para recibir la luz que nos permite ver a Dios transformando la historia personal y colectiva en una historia de salvación, y recordando que Dios es tan íntimo a nosotros como lo es el alimento con nuestro cuerpo y que como alimento es la fuente de vida y de fortaleza. Que esa mesa de la creación debe motivarnos a que todas las mujeres y todos los hombres, sin distinción alguna, deben tener un puesto, un trozo de pan y un sorbo de vino. Y como memorial, nos debemos comprometer a crear condiciones para que nunca jamás vuelva a ocurrir semejante horror como del que fue víctima Jesús.

Esta historia del gran llamado a vivir nuestra condición de seres humanos creados a imagen y semejanza de Dios, es la que yo siento que brota en Sol y sus compañeras cuando en medio del horror sienten que la luz vuelve a brotar gracias a la cercanía amorosa de otras mujeres que han encontrado el camino esperanzado para salir de la tristeza y el rencor y han venido a darles una luz y una fuerza gracias a la escucha amorosa y al abrazo que las saca de su soledad desconsolada.

Ese Dios interior es el que hace posible que Sol no quiera que le hagan nada a esos jóvenes que mataron a su marido y a sus hijos, para que ninguna mujer sufra lo que ella ha sufrido. Y que lo único que exigen es que todo esto nunca vuelva a ocurrir. Esa firme decisión de convertir su dolor en propuesta, es un eco magnífico, del llamado de Jesús de no dejarnos matar el alma y estar seguras y seguros de que el Reino ya está en medio de nosotros.

No es acaso la fuerza desconcertante, incomprensible del amor la que hizo que Briceida no dejara que el horror le derrumbara la vida y además la indujera a dar muerte a un inocente y floreciera en una ternura incomprensible a los ojos de quienes no saben nada de los caminos de la acción transformadora de Dios. Que acogiera, junto con su novio, con una ternura desbordada, a su ratoncito y se dedicara a sanar el origen desalmado de ese embarazo y detuviera el poder de quienes con su alma y su corazón extraviado amanecen cada mañana pensando en qué pueden destruir en el día que comienza. Briceida vino a formar parte de todas esas mujeres y hombres que cada mañana cuando brilla el sol de la esperanza para vivir la jornada que tienen por delante, planean qué pueden crear en el día que han comenzado a vivir.

Y ahí tenemos el reto urgente, extremadamente urgente, de cómo mostrar a ese niño que espera crecer para matar a quien asesinó a su papá, que debe recuperar el alma que está herida de muerte por la venganza y descubrir qué dignidad le daría el acceso al perdón y el deseo de no destruir ni derrotar al que tanto dolor le causó sino buscar la mejor manera de transformarlo para detener la espiral de violencia.

¿Y qué podemos decir a esa mujer que urgida para salir del infierno de la incertidumbre acepta no denunciar al asesino que a su vez quiere liberarse del peso de esas muertes pero sin responder por sus actos?

Este caso es simplemente un índice de todo lo que aún hay que hacer. Esta sociedad necesita luz para que sea conciente de la tragedia nacional. Para que salga de la indiferencia. Para que asuma la responsabilidad que tiene en una guerra en la que todos somos actores: con armas y sin armas. Todos escribimos la historia de violencia de Colombia, incluso con nuestra indiferencia o nuestra pretendida distancia del conflicto. Somos actores de la historia, incluso antes que ciudadanos. No se pueden pasar por alto valores éticos en los que el mensaje jamás sea que “como todos somos culpables nadie es culpable”. No podemos aceptar en aras de pensar en el futuro, que la impunidad sea la salida fácil a un conflicto que lleva décadas hiriendo y destruyendo nuestra capacidad de humanidad.

Jesús nos invita a ser cultivadores de las semillas de vida que están en el corazón de todas las mujeres y hombres. Pero antes que nada a ser el cambio que queremos, como decía Gandhi. Esa es la responsabilidad de todos como comunidad que acepta que Jesús es el Camino, la Verdad y la Vida. Esa es la labor de la luz, la levadura y la sal.

Jesús creyó en la humanidad. Nos invita a creer en ella. Mejor digamos en el caso que nos ocupa. Dios cree en los hombres y mujeres colombianos. Nos invita a creer en ellos. Todas y todos tenemos la capacidad de hacer obras como las suyas y aún mayores.

Gracias a quienes han venido de otros países. Recibimos su cercanía de hermanos como la mano del agricultor que endereza la planta que comienza a surgir, la mano amiga que riega y abona con fe absoluta en el poder de la vida.

Gracias, porque su presencia nos afirma que ustedes creen en que la utopía está en lo germinal. Y si están aquí es porque ven brotar la vida y vienen a darnos esperanza y fortaleza.

Por eso podemos proclamar juntos, que

Apostaremos
por lo germinal
con toda la verdad
de un amor
que se derrama
como el agua.
que no pregunta
cómo crecerá la planta.
ni exige
una altura a tiempo fijo,
ni impone
una dirección precisa,
ni urge
los frutos más temprano
compitiendo,
mirando de soslayo
los otros árboles
del huerto
que crecen a su lado.
Apostaremos como el agua
que confía
en el poder de la semilla,
en el sol
que guía el tallo
en su estatura
y en la tierra
que la nutre sin descanso.

Apostaremos
por lo germinal
como Tú,
como el agua
de la vida.

Benjamín González Buelta, S.J.